



Tras la promesa democrática de la era digital

El anhelo de vivir en la sociedad en que la libertad sea principio constitutivo, inherente al ser humano, se revela contra la paradoja por la que los regímenes autocráticos se hacen llamar a ellos mismos democráticos para escamotear su verdadera naturaleza opresiva, más allá incluso de la instalación comunicacional global de la posverdad y del asesinato de lo real.

18
Página



Felipe Benítez

Director Ejecutivo de Liderazgo y Visión AC. Miembro del Comité Académico de Cedice Libertad

1

Hacia finales del siglo pasado coincidieron dos fenómenos globales de enorme significación: la disolución de la Unión Soviética y el advenimiento masivo de la interconexión remota. La primera prometía una nueva era de expansión de libertades; la segunda, su aquilatamiento por vía de las comunicaciones en tiempo real. A la disipación de estructuras estatales expertas en “verdades oficiales” le seguiría, como suerte de condena a sus antiguos fablistas, el impedimento de seguir fabricando historietas imposibles de falsear y contradecir. Era una de las grandes promesas de la sociedad de masas digitalizada. Pero no solo se apostó al potencial para reducir las brechas entre información y desinformación, sino que también se había dejado caer sobre la democracia un peso exagerado basado en la mítica concepción de ser la mejor forma de gobierno, cuando apenas es la menos mala.

2

La credibilidad promedio que se atribuía en naciones libres o en vías de, a los medios tradicionales de información (diarios,

radio, televisión, revistas, libros) se mantuvo, pero no solo hacia quienes asumieron el nuevo formato digital. El problema fue que, de suyo y sin más, se transfirió a todo contenido publicado en los adminículos del caso. Las relaciones humanas se encontraron, nuevamente, con una versión ultra mejorada de aquel conocido y potente factor social de poder: las pantallas. Lo reflejado en ellas seguía siendo suficiente para endosarle fe. Sólo que ahora la gestión desde el “otro lado” se hacía de forma masiva y anónima. La manipulación de contenidos para promover lo que no es, o la necesidad de la aplicación de filtros a la realidad que inició en redes de intercambio “casual” o cotidiano, por citar fenómeno tan extendido de la nueva era, pronto alcanzaría otras dimensiones de la vida social, incluyendo la política.

Previo a estos cambios, a la democracia ya se la mostraba como la posibilidad del nirvana en la tierra (algo muy propio del discurso autoritario). Un estadio donde, sin la asunción del compromiso de la ciudadanía política y económica, era insoslayable la satisfacción de antiguas demandas, ahora renovadas y crecientes. Un pesado simbolismo que sobrecargó a un sistema, cuya naturaleza le lleva a asumir lo público a la velocidad de sus negociaciones y acuerdos, sin vasallajes de minorías ni menoscabo de garantías legales individuales.

“La política pierde foco, desaparece su pivote. No hay puntos nítidos sobre los cuales interactuar, negociar, consensuar o al menos acordar. No hay diversidad de orígenes con equivalencias objetivas de destino, sino confluencia o conflicto de emocionalidades: Nacionalismos; Tribalismos; Polarización; Sexualismo; Climatismo; Desprecio al hecho científico (conspiracionismo); Pobreza lingüística y Renacimiento de la autocracia parecieran ser las dimensiones relevantes de la actual sociedad digital. La verdad en el siglo XXI es un líquido que se adapta al recipiente que cada quien disponga (o se invente).”

3

En un mundo donde se va haciendo complejo creer hasta en las imágenes, la verdad se ha vuelto un producto viscoso. El anonimato propio de la interacción digital, junto al volumen y velocidad de información que genera, contribuye a hacer del origen y contenido de la verdad un espacio gris. El subjetivismo relativista prescribe como norma el cuestionamiento sistemático de la realidad y de los hechos que la constituyen. Establece patrones distintos de causa y efecto sobre un mismo fenómeno, sin mediar evidencia objetiva de soporte, distorsionando su expresión. Bienvenidos entonces al período de las interpretaciones, como fundamento de la narrativa autocrática. No más la premisa de que “opiniones puede haber muchas, pero los hechos son sagrados”.

Sin verdades establecidas a partir de hechos comprobables e ineludibles, cada quien se refugia en su nicho de creencias. Donde se escamotea el dominio de lo privado y no cuenta el asiento analítico de lo público, la privacidad deja de ser un valor (se ingresa, husmea y expone la vida de cualquiera) se borran las fronteras entre lo público y lo privado y se sustituye la evidencia de los hechos por el credo de las opiniones.

La política pierde foco, desaparece su pivote. No hay puntos nítidos sobre los cuales interactuar, negociar, consensuar o al menos acordar. No hay diversidad de orígenes con equivalencias objetivas de destino, sino confluencia o conflicto de emocionalidades: Nacionalismos; Tribalismos; Polarización; Sexualismo; Climatismo; Desprecio al hecho científico (conspiracionismo); Pobreza lingüística y Renacimiento de la autocracia parecieran ser las dimensiones relevantes de la actual sociedad digital. La verdad en el siglo XXI es un líquido que se adapta al recipiente que cada quien disponga (o se invente).

4

Sin embargo, el fenómeno no parece tener cancha libre para un desarrollo mucho más profundo al que ha disfrutado. El subjetivismo autocrático podrá modificar las consecuencias de los hechos, incluso sus causas, pero no su esencia. Se ha visto compelido a ajustar su antigua estrategia de ocultación por el uso de verdades a medias (postverdades) como el envoltorio más eficaz de su prestidigitación. En el seno de sus lecturas y acciones, conserva elementos de la terca realidad, lo que siempre atentará contra su crecimiento, a partir de cierto punto: cuando los efectos acumulados e inmutables de los hechos comienzan a cuestionar la capacidad de instrumentalización política del discurso. Sus “ángulos de interpretación” estarán siempre bajo el asedio de la terquedad de lo real. Esa terquedad la describió Durkheim como la capacidad coercitiva, de imponerse más allá de nuestra voluntad, que posee todo hecho social (ese poder es mucho más expedito en el caso de los hechos del mundo físico)

Cuando el manejo de la postverdad se hace disfuncional, viene el momento de emplear el cinismo abierto y la represión. En el caso de la invasión rusa a Ucrania, por ejemplo, la llamada operación especial no tardó en mostrar las características propias de la guerra, y ante tan vulgar desnudez, a la autocracia de Putin no le quedó alternativa que proscribir el uso del término. La es-

terilidad del autoritarismo se hace patente y su vulnerabilidad se incrementa, como sucedió con el socialismo, tanto los del siglo XX como los que van del XXI.

5

Dos tercios del planeta habitan hoy espacios donde la “resignificación” de los hechos en función del poder es el menú diario de sistemas políticos, aparentemente enérgicos y eficaces en sus respuestas. Un verdadero cinturón iliberal que va desde creídos custodios de las raíces étnicas y espirituales de sus naciones, a la que acompañan con una narrativa tendenciosa sobre condiciones de vida envidiables de sus habitantes, hasta vindicadores épicos de supuestas e históricas injusticias sociales. Hay para todos los gustos.

Sin embargo, en una época de gigantescos movimientos migratorios, debate global sobre reproducción, identidad sexual, ecología, dignidad, derechos humanos y recurrente incertidumbre económica y política, estadísticamente hablando, nadie quiere trasladarse hacia dentro de tales fronteras. Son muchísimas las autocracias, diversas en sus modos y están extendidas por casi toda la geografía mundial. Pero, al mismo tiempo, muy pocos los que voluntariamente las abrazan.

China, quien podría ser considerada como el gran referente de éxito económico de dicho cinturón de autocracias, con la movilidad ascendente que ha experimentado una buena parte de su población, no ofrece el atractivo que cualquier país occidental, del primer mundo, irradia hacia su entorno. El resto, mucho menos.

El gigante oriental ni siquiera representa un modelo político estable a seguir. En octubre del año pasado (XX Congreso del PCCh) se modificó el parámetro más importante para el ejercicio del poder como lo era la imposibilidad de permanecer, individualmente, en la jefatura del estado por más de dos períodos consecutivos. Mientras que, al momento de escribir estas líneas, a un mes de su última aparición pública, se informa la salida de su cargo del importante ministro de exteriores Qin Gang. Caso similar al del exministro de petróleo venezolano Tareck El Aissami, de quien tampoco nada se conoce desde su renuncia vía tuitter el pasado 20 de marzo.

6

Ciertamente, el malestar de lo que en general se asocia a la democracia y se convierte en masiva exigencia, puede ser su gran amenaza. Sin embargo, esta realidad también señala la enorme valoración pública que posee. Aun así, el éxito histórico traducido en que, por ejemplo, ninguna autocracia quiera ser llamada como tal, sino democracia con algún apellido de autobombo, se revela también como su “talón de Aquiles”.

Gracias a la pluralidad y tolerancia que le son propias (todos las enarbolan, pero ningún otro sistema las materializa) el discurso autoritario dispone de buenos espacios para cuestionar su desempeño. Empero, no existen modelos alternativos reales. En esa línea, algunos afirman que el populismo es muy eficaz para señalar problemas reales y plantear soluciones ficticias. Cuestión que funciona mientras haya lugar para la manipulación continua, como una bicicleta que no puede detenerse a riesgo de caer. Pero tales autoritarismos jamás podrán emular los resultados materiales de largo plazo de una sociedad libre. Por eso pareciera que aquellos que no viven bajo sus principios la desean más que quienes la ostentan.

Puede que el gran público, constituido por el habitante común del globo, sin garantías ni protección de su condición humana e individual, no sepa cómo conceptualizar los principios filosóficos de una sociedad libre. Pero conoce muy bien la forma en que se

sobrevive o malvive en el extremo contrario. Y esos principios, de los que apenas supone su existencia, son los que desea y pretende para sí, más allá de mares, selvas, ríos y barricadas sociales e institucionales. Y ya que hablamos de evidencias objetivas (verdades) lo anterior es un hecho incontrovertible y creciente, de carácter histórico y planetario. Aunque una parte del primer mundo, muchas veces no lo pueda ver o se resista a hacerlo, esa es una gran noticia para quienes promovemos el reino de la libertad. Ni más ni menos.

“Ciertamente, el malestar de lo que en general se asocia a la democracia y se convierte en masiva exigencia, puede ser su gran amenaza. Sin embargo, esta realidad también señala la enorme valoración pública que posee. Aun así, el éxito histórico traducido en que, por ejemplo, ninguna autocracia quiera ser llamada como tal, sino democracia con algún apellido de autobombo, se revela también como su “talón de Aquiles”.”

